

Todo Caliban. Roberto Fernández Retamar

Editorial Universidad de Concepción.

Cuadernos Atenea. Concepción, 1998.

Omar Lara

EL DEBATE acerca de la cuestión de la identidad cultural es un debate abierto a todo tipo de especulaciones, ansiedades, esperanzas, desánimos, sospechas, etc. Claro está, no se trata de un debate baladí. Tiene que ver con todos nosotros, con lo que somos o hemos sido pero, sobre todo, con aquello que seremos. Más aún en las circunstancias de un Chile todavía convaleciente de una larga y penosa enfermedad.

Incluso no faltan los que manifiestan abiertamente sus dudas: ¿pero, es que existe una cultura americana o chilena? Equívoca pregunta, diría Roberto Fernández Retamar. Sería como preguntar, ¿es que existen los chilenos?

Y ése es el tema, el gran tema, que expone y desarrolla el influyente escritor, poeta y ensayista cubano en *Todo Caliban*, un libro que, me atrevo a decirlo sin ninguna reserva, debería constituirse en uno de los focos de discusión, provocación y persuasión más incitadores y estimulantes de este tiempo editorial chileno.

El gran concepto “calibanesco” que Fernández Retamar desarrolla en *Todo Caliban* está presente en buena parte de su trabajo expositivo y editorial. El mismo expresa en algún momento que hay temas que el escritor elige y otros en que el escritor es elegido por el tema.

Primero que nada: por qué Caliban. El autor explica que este concepto-metáfora es un anagrama forjado por Shakespeare a partir de “caníbal”, término que a su vez proviene de “caribe”. En *La tempestad*, la obra última de William Shakespeare, el deforme Caliban, a quien Próspero robó su isla, esclavizó y enseñó el lenguaje, lo increpa: “Me enseñaste el lenguaje, y de ello obtengo / el saber maldecir. La roja plaga caiga sobre ti, por habérmelo enseñado”.

Y aquí me detengo en un breve paréntesis para señalar el paralelismo de



esta idea del lenguaje como vehículo de respuesta, venganza o reafirmación, con la expuesta por el prestigioso ensayista rumano Víctor Ivanovici a propósito de Paul Celan. Escribe Ivanovici refiriéndose a la obra del gran poeta rumano de lengua alemana: "... Más allá de los meros componentes culturales, en la poesía de Celan un peso incomparable tiene el factor vivencial de la Shoah (el "Holocausto"), entre cuyas víctimas se cuenta toda su familia... En los siete poemarios escritos por Celan en la lengua de los victimarios, por un lado parece "vengarse" de este idioma a través de la deconstrucción sistemática de sus significados, y por otro lado otorga al alemán una oscura belleza que jamás hasta entonces había conocido" (Revista *Trilce* N° 5, Tercera Epoca)

En el *Diario de navegación*, de Cristóbal Colón –y cito aquí a Fernández Retamar–, aparecen las primeras menciones europeas de los hombres recién entrevistados y que darán material para el símbolo. Escribe Colón: "Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perro que comían a los hombres..."

La figura del caribe-caníbal está presente en muchísimos otros escritores europeos, siempre –o casi siempre– desde la perspectiva del colonizador que ve en el caribe, debido a su bestialidad sin remedio, una especie condenada al exterminio. Como así su contraparte, el otro indígena que el descubridor también presenta en sus cartas: la del arauaco, que es pacífico, manso, incluso temeroso y cobarde. Claro que éste, nos dice Fernández Retamar, también fue exterminado.

Pero Caliban es nuestro símbolo americano, subraya el ensayista caribeño. "Esto es algo que vemos con particular nitidez los mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Caliban. Próspero continúa invadiendo las islas, sigue asesinando a nuestros antepasados, esclavizó a Caliban y le enseñó su idioma para poder entenderse con él. ¿Qué otra cosa puede hacer Caliban sino utilizar ese mismo idioma para maldecirlo, para desear que caiga sobre aquél la 'roja plaga'"? "No conozco, reitera nuestro autor, no conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad. Desde Túpac Amaru, Tiradentes, Bolívar, O'Higgins, Artigas, Emiliano Zapata, Sandino, Mella, Sor Juana Inés de la Cruz, César Vallejo, Mariátegui, Neruda, Roque Dalton... ¿qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia, sino la cultura de Caliban?" En verdad el listado que nos entrega Fernández Retamar es mucho más amplio y rico y constituye él, ese listado, toda una estructura del pensar, una declaración de principios del ser nuestro, ese listado es, en sí mismo, una densa, fecunda e iluminadora exposición complementaria.

Fernández Retamar expone en su libro, con una nitidez a ratos lacerante, un cuasi prontuario de nuestra realidad americana y de las ideas que se mueven en la ciénaga de esa realidad. Siendo un libro marcado por la pasión

y la convicción, no es un libro proselitista, en ningún sentido de la palabra. Sí es un libro que nos invita y nos obliga al ejercicio del pensamiento. Su palabra, siendo fina, es vehemente. Y como se trata de pensar, no todos coincidirán con las proposiciones allí expuestas. Mas, parodiando al mismo Roberto Fernández Retamar a propósito de José Enrique Rodó y su *Ariel*, diremos que tal vez haya cosas que no vio o vio desenfocadamente, pero lo que vio cuán bien lo vio y cuánta vigencia mantiene.

